

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

18



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1977

LA IMPORTANCIA DE LA HISTORIA ORAL  
PARA LA HISTORIA REGIONAL\*

LIC. JULIA TUÑÓN  
Centro Regional de Occidente  
INAH SEP

A PRIMERA VISTA, venir aquí a hablar de Historia Oral puede parecer novedoso —o tal vez excéntrico—, sin embargo, la mercancía que vengo a propagandear es tan vieja como la historia misma, ya que fue el primero, y más espontáneo, método que tuvo el historiador para aprehender una realidad específica, materia prima para la labor de historiador. Tal hicieron Herodoto, Bernardino de Sahagún y tantos más.

La novedad de la Historia Oral estriba, pues, no en su esencia, sino en su accidente. El rescate de los testimonios de primera mano que pueden proporcionar los testigos presenciales de determinada situación no es nada nueva, puesto que lo han hecho los historiadores infinidad de veces, aunque la información la conozcamos a través de un material más o menos bien impreso. Pero lo que sí resulta innovador es el uso de maquinaria para la conservación intacta de dichos testimonios, con lo cual se posibilita su empleo en cualquier momento posterior. A partir de los años 40's, con las grabadoras, se abrió la posibilidad de conservar en cintas magnetofónicas la frescura de una voz, una conversación, un chiste o un recuerdo, que pueden ser material inapreciable para el historiador futuro o presente.

La Historia Oral tiene, pues, como finalidad primigenia, la conservación en cintas magnetofónicas de testimonios sobre acontecimientos vividos que, de otra forma, se perdería irremisiblemente al morir los dueños de la información.

\* Presentado en el III Encuentro de Historiadores de Provincia, Monterrey, Sept., 1976.

Creo que todo historiador ha soñado alguna noche que montaba una fantástica máquina del tiempo para transportarse a una época ya muerta y padecerle, respirarla, sudarla y disfrutarla. Ya que la vida, presente y pasada está llena de minúsculos detalles, y que solamente en función de ellos podemos aprehender nuestra realidad, presente y pasada, todos hemos envidiado la posibilidad de vivir siquiera un día, aunque fuera como convidado de piedra, al lado de las huestes insurgente de Hidalgo o Morelos, los griegos de Pericles o los bizantinos de bizantinas discusiones.

Todo historiador ha gozado las lecturas de hemeroteca que nos llevan a sentir frío cuando leemos los anuncios de abrigos, aunque estemos en pleno mes de mayo, a participar de valores estéticos o morales a partir del sentimiento de una época, más que del conocimiento erudito que de ella podemos tener.

Muchos hemos querido, alguna vez, haber tenido un abuelo que nos platicara sus andanzas con Benito Juárez o con Pancho Villa, pero desgraciadamente la vida no les alcanzó para explicarnos sus recuerdos y nos dejaron ayunos de ellos. La Historia Oral pretende no dejar huérfanos a los futuros historiadores, y, por qué, no tampoco a los presentes.

La espontánea narrativa de un anciano nos empapa, muchas veces de una manera más eficaz que cualquier texto erudito, de una situación pasada y, además, puede aportar datos, pistas o perspectivas que nos lleven a una interpretación más justa.

La Historia Oral es, pues, un método por medio del cual, a través de la entrevista, y teniendo como arma una grabadora, se extraen los recuerdos de un individuo para darles validez independiente de él mismo y puedan así cobrar utilidad. Los tan platicados cuentos del abuelito chocho que ya nadie quiere, ni por caridad, oír, pueden ser una fuente incalculable de riqueza para el historiador, a quien le estaremos dando la posibilidad de emplear la tan anhelada máquina del tiempo y de obtener una información más espontánea y vívida que la que pueden transmitir los impresos.

Hasta aquí pareciera que la Historia Oral ha declarado la guerra a todo material bibliográfico, hemerográfico o de archivo. Nada más lejano a la realidad. El rescate sonoro no pretende una absurda exclusividad que elimine otro tipo de testimonios. La Historia Oral es un método auxiliar para la investigación histórica que adquiere valor como complemento del tradicional acervo documental. El material virgen que recopila puede contribuir a que el historiador recree, con mayor aproximación, el objeto de su estudio, desde el momento mismo en que tiene una posibilidad más para posesionarse de la situación.

De tal manera, el objetivo fundamental de la Historia Oral debe ser el rescate de aquellos testimonios que, por angas o por mangas, se acabarán, perdiendo irremisiblemente, ya sea por ignorancia del poseedor (analfabetismo o inconsciencia del valor de la información), desidia (por lo que nunca se tomarán el trabajo de escribir), miedo a posibles enemistades, etc. En síntesis, la Historia Oral debe buscar, básicamente, aquello que no se ha escrito, antes de que la muerte ajena nos prive de la posibilidad de ese conocimiento al que tenemos derecho.

Naturalmente que el historiador oral no está exento de dificultades para obtener su información. En algunos casos son comunes con la técnica tradicional, pero en algunos otros le son particulares.

Los problemas más usuales son la distorsión de los hechos debidos a la subjetividad del entrevistado, la mentira voluntaria, la falla de memoria, etc. Sin embargo, estos mismos problemas los observamos en las fuentes escritas, aunque por un cierto carácter mágico de la letra impresa las afirmaciones así expresadas nos parecen más ciertas que las recogibles en forma sonora.

La presunta solución es aplicar a la Historia Oral la crítica que siempre debe acompañar al investigador al manejar información tanto oída como leída. Naturalmente cabe el error, y corremos el riesgo de irnos detrás de una pista falsa. La ventaja de la información oral sobre la impresa es que, en general, ésta está dotada de una frescura y espontaneidad que difícilmente alcanza la letra escrita, por su carácter más culto e intelectualizado.

El empleo de información oral se ha repetido mucho desde Herodoto hasta la fecha aunque muchos autores se resisten a confesarlo por un cierto pudor absurdo que obliga al historiador formal a empequeñecer el valor de la voz, aunque a veces dé total credulidad a la palabra escrita, misma que en ocasiones se manifiesta de manera tan o más subjetiva, como es en el caso de las cartas personales, las memorias, etc.

Existe una menor reserva a concederle veracidad a un diario personal, que perseguimos anhelantes por los archivos, que a hacerlo ante un recuerdo sabrosamente platicado. Sin embargo, en los últimos años, la Historia Oral ha ido paulatinamente recuperando su lugar como vehículo de aprehensión histórica, gracias a las máquinas grabadoras y a su empleo en la recopilación sistemática de información.

Los primeros intentos que se hicieron en este sentido se deben a Allan Nevins, de la Universidad de Columbia, quien sintió la necesidad de rescatar vivencias personales cuando realizaba una investigación sobre Groover Cleveland. Como resultado de sus experiencias fundó, en 1948, en el mismo

centro escolar, la Oral History Research Office, cuyo éxito hizo que se empezaran a propagar en la enorme nación vecina los intentos de esta naturaleza.

Actualmente, veintiocho años después, hay en Estados Unidos de América más de 900 programas de historia oral, en todos y cada uno de los estados de la Unión y existe una Asociación de Historia Oral que en los últimos tiempos ha promovido coloquios anuales para lograr una mayor difusión del método y para intercambio de material. En nuestro país, siempre pobre en este tipo de proyectos y a la zaga respecto de las grandes potencias, el Programa de Historia Oral es una institución relativamente nueva que lucha aún por lograr una aceptación, la cual muchas veces le es negada tan sólo por su carácter de novedoso.

El abuelo de los actuales programas de Historia Oral fue un Departamento de Grabaciones adscrito al Museo Nacional de Antropología del Instituto Nacional de Antropología e Historia, formado básicamente por recopilaciones de música folklórica.

En 1959, el entonces Director del Departamento de Investigaciones Históricas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Wigberto Jiménez Moreno, dio comienzo a los primeros pasos para rescatar la información de revolucionarios que aún vivían.<sup>1</sup> Este proyecto fue el padre de los actuales programas de Historia Oral.

Un poderoso impulso para el nacimiento de ellos lo fueron las labores de investigación que, en 1964 y 1965, realizaron James y Edna Wilkie en nuestro país, y que fructificaron en un trabajo escrito y publicado en 1969.<sup>2</sup>

Finalmente, en 1971 nació un niño: el Instituto Nacional de Antropología e Historia decidió crear el Programa de Historia Oral adscrito a su Departamento de Etnología y Antropología Social. Desde entonces se ha realizado una intensa labor metódica y sistemática de rescate, ordenación y publicación de información de primera mano, enriquecida mediante el intercambio con otras instituciones similares.

Un fuerte apoyo al Programa de Historia Oral lo dio la división de Estudios Superiores de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad

<sup>1</sup> Al respecto puede verse la recopilación de Daniel Cazes: *Los Revolucionarios* México, Ed. Grijalbo, 1973, (Colección Nuestras Cosas No. 9.) Asimismo la serie del archivo sonoro del I.N.A.H. que constó de cuatro números publicados entre 1970 y 1971.

<sup>2</sup> WILKIE, James y Edna. *México Visto en el Siglo XX*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, 1969.

Nacional Autónoma de México, con la creación, en el año de 1973, de un Seminario de Historiografía Contemporánea que trabaja básicamente con el método de la Historia Oral. Actualmente, en base a la información recogida, se elabora un trabajo sobre la educación entre los años de 1920 y 1940.

La política del Instituto Nacional de Antropología e Historia, desde hace cuatro años, ha sido la de pretender salvar del olvido a la provincia mexicana, en este sentido es que se han creado los llamados Centros Regionales, que funcionan ya en puntos claves de la República. El Programa de Historia Oral, acorde con este sentir, ha hecho el intento de extender su acción fuera de la capital del país. Actualmente existen centros de investigación en la Universidad Autónoma de Baja California, con sede en Mexicali, en el Centro Regional del Noroeste, con base en Hermosillo y, en el Centro de Estudios de la Universidad Veracruzana en Jalapa. Precisamente de los inicios de la Historia Oral en Guadalajara, Jal., tengo yo la intención de informar a ustedes.

Creo que lo que nos ha reunido aquí es la conciencia de la importancia de la historia de las regiones que con características peculiares y bien definidas constituyen el substrato nacional. Es indudable que el país no está formado por un todo homogéneo, sino por infinidad de zonas que dotan a sus habitantes, y a su historia, de una idiosincrasia particular, sin que ello signifique que dejen de participar de muchos elementos que les son comunes con otros ámbitos más amplios.

Sin embargo, a pesar de las diferentes regiones existentes, el estudio de la historia se ha llevado a cabo casi exclusivamente de acuerdo a una perspectiva centralista. Debido quizá, al poder económico que detenta el centro, es él quien cuenta con los elementos indispensables para historiar, mientras que casi toda la provincia carece de los fundamentales. Ésta es la causa por la que la mayoría de las grandes obras sobre historia se hayan gestado en el D. F. Ahora bien, como el país no está formado exclusivamente por el acontecer de una ciudad, ni siquiera de muchas, sino por un proceso más amplio que incluye las diferentes zonas geográficas y la interrelación entre ellas, no puede aspirarse a lograr un conocimiento coherente de nuestro pasado en función exclusiva del centro.

Es importante, entonces, recalcar la importancia que tiene el desarrollo de la historia regional para, como ha dicho Luis González, a partir de la microhistoria llegar a la macrohistoria de México.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis. *Microhistoria para Multiméxico*. En *Historia Mexicana*, vol. XXXI, núm. 2, pp. 225-241. México, El Colegio de México, 1971.

Tal vez valga la pena insistir en que, mientras la historia que se haga sea exclusiva ante la de los acontecimientos políticos y militares, se seguirá haciendo un tipo de historia excesivamente parcial y carente de significación profunda y de raíces. Lograr hacer una historia que intente aprehender en su totalidad a la realidad nacional, implica, en primer lugar, buscar las formas esenciales y regionales de la vida económica, política y social, para poder así desentrañar muchas actitudes que doten de sentido a nuestro devenir.

Ello implica abandonar el criterio de que la ciudad de México es el foco exclusivo de interés, para extenderlo a la nación toda e intentar así comprenderla en su integridad.

Ahora bien, creo que todos los presentes sabemos y padecemos cada día de las múltiples dificultades con que se encuentra todo aquel que quiere historiar en provincia, especialmente por el estado de nuestras bibliotecas y archivos y por la escasez de recursos económicos, que convierten en un caso raro a aquel que puede vivir de la historia como profesión. Todos estos obstáculos han hecho a más de uno, desertar de las huestes de la ciencia histórica, y han afectado seriamente a aquellos que, tercamente, nos mantenemos en ella. Esta situación, por otra parte, nos convierte en eternos lamentadores de nuestra condición al compararla con la de la ciudad capital.

Definitivamente las posibilidades de desarrollo historiográfico en provincia son pocas, pero es nuestra obligación intentar abrir las perspectivas para un futuro, ojalá muy cercano: una de ellas es la de la incorporación de la historia oral en nuestra rutina historiográfica, y no solamente por las ventajas que pueda ofrecer, sino además, porque puede llenar muchas ausencias que nos dejan los acervos de documentación impresa. Allí donde nos faltan periódicos, libros y viejos papeles, podemos contar con narraciones orales de importancia y representatividad, que nos ayuden a salir adelante.

Vale aclarar que la Historia Oral no consiste únicamente en andar haciendo entrevistas a tontas y a locas. Aparte de que hay reglas específicas para su realización, ésta debe antecederse de una cuidadosa investigación sobre la temática, alrededor de la cual girará la entrevista misma, con el objeto de que el investigador la pueda dirigir hacia los puntos que son realmente importantes. Además es necesario tener presentes algunos cuestionarios específicos, que sin seguirse en forma muy estricta, puedan servir de guía al entrevistador.

Posteriormente, una vez llevada a cabo la entrevista con el informante, la cinta grabada debe transcribirse, corregirse y catalogarse, con el objeto de facilitar su consulta al estudioso. Todo ello, aunado a la labor de localización

y selección de informantes, hace que el procesamiento de cada hora de entrevista implique varias más de trabajo de preparación.

En Guadalajara, la implementación del Programa de Historia Oral data de los principios de este año, dependiendo directamente del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Al estado de Jalisco debemos considerarlo junto con sus ahijados Colima y Nayarit, ya que hay que tomar en cuenta que las divisiones políticas del país se han determinado muchas veces en una forma más o menos arbitraria y en respuesta a intereses muy particulares, lo que obliga al investigador, en algunas ocasiones, a restarles importancia en beneficio de afinidades socio-económicas y culturales que frecuentemente hacen caso omiso de las fronteras políticas. El estado de Jalisco, gracias a su capital Guadalajara, desempeña un papel preponderante en esta región a causa del gran tamaño de ella y de su importancia económica.

La región que mencionamos empezó a tener su importancia para el resto del país hasta muy a finales de la época colonial, cuando su estratégica situación geográfica la convirtió en puente entre la ciudad de México y los entonces recién explorados territorios del noroeste. Precisamente por su ubicación, la región se convirtió en pieza codiciada en los múltiples casos de luchas armadas que padeció el país, por lo cual, sus habitantes, sin ser muchas veces actores de primer orden en las grandes convulsiones nacionales, sí tuvieron la posibilidad de ser espectadores de primera fila.

Tal sucedió durante el movimiento revolucionario iniciado en 1910, a pesar de que hubo algunos grupos inquietos que se aunaron a las primeras manifestaciones de descontento, la zona empezó a vivir plenamente la ráfaga de la guerra cuando el noroeste se incorporó plenamente a la lucha. Los momentos más difíciles para los jaliscienses los fueron precisamente aquellos en los cuales los grupos carrancistas con Manuel Macario Diéguez a la cabeza, se disputaron con los villistas de Julián Medina el control de la locación. La situación se mantuvo indefinida hasta abril de 1915, cuando se inició el ocaso de Francisco Villa, después de la derrota de Celaya.

Un movimiento muy importante por su fuerza, duración, número de adeptos y de balas lo fue indudablemente el denominado *cristero*, el cual afectó profundamente la vida del país entre los años de 1926 y 1929. En Jalisco, este movimiento tuvo su sede más importante en la región de *Los Altos* con cuya idiosincrasia parece haberse identificado plenamente. También entre los colimenses y nayaritas el grito de ¡Viva Cristo Rey! tuvo su importancia.

En la historiografía sobre la *cristiada* se ve un claro ejemplo de los per-

juicios que puede crear la existencia de una historia oficial al conocimiento y a la comprensión del pasado. Por tratarse de un movimiento cuyos postulados han sido claramente adversos a los de todos los gobiernos habidos desde entonces hasta la fecha, su estudio ha sido marginado intencionalmente por la historiografía predominante, y el interés por su estudio ha sido excesivamente pobre.

De esta manera se ha perdido, irremisiblemente, una importante documentación. La Historia Oral podría rescatar todavía muchos testimonios que permitieran eliminar muchas de las limitaciones de una investigación tradicional. Algo de esto trató de hacerse en los tres tomos que sobre la *cristiada* escribió recientemente Jean Meyer.<sup>4</sup>

Otro aspecto que ofrece amplias posibilidades para el interesado en el quehacer histórico, lo constituye la historia de la educación, escasamente estudiada en la zona, la cual posee vetas de gran importancia. Asimismo, la música folklórica regional, especialmente en lo que se refiere a los sones y corridos es riquísima, y cabe perfectamente dentro de las posibilidades sonoras de historiar. El desarrollo de las diferentes universidades y diferentes profesiones son también posibles temas de investigación.

En lo particular, me aconteció algo digno de mención, en lo que al conocimiento de la historia del cine se refiere. A partir de una mención intrascendente en la *Historia Documental del Cine Mexicano*, de Emilio García Riera,<sup>5</sup> en la que se aludía muy vagamente al cine tapatío, pude desempolvar una serie interesantísima de testimonios sobre unos intentos cinematográficos habidos en Guadalajara, totalmente ignorados aun para los mejores conocedores del tema.

Considero esto sumamente representativo, primero, porque muestra las amplias posibilidades de la Historia Oral para rescatar un aspecto histórico que ya ahora, y a pesar de que la mayoría de los testimoniados aún viven, se encontraban en pleno olvido. Segundo porque demuestra la riqueza de temas que, para el investigador, tiene la historia de provincia. Esta experiencia, en lo personal, me motivó mucho respecto a mi labor y me convenció de las enormes bondades que la historia oral ofrece en función de la historia regional.

Hasta el presente, la Historia Oral en Guadalajara se encuentra aún, po-

<sup>4</sup> MEYER, Jean. *La Cristiada*. México. Siglo Veintiuno editores, 1974. 3 vol.

<sup>5</sup> GARCÍA RIERA, Emilio. *Historia Documental del Cine Mexicano*. México, Editorial Era, 6 vol.

dríamos decir, en pañales. Considero que la primera necesidad para poder establecer un proyecto de este tipo estriba en la difusión del programa y en la mayor localización de posibles informes y de acervos de material documental necesarios para la previa preparación de la entrevista.

Pero la función más peliaguda en esta primera etapa lo es la creación de un clima de confianza y cooperación entre los posibles participantes, ya que los sujetos a entrevistar son muchas veces reacios a tolerar esta experiencia. Ello sucede en mayor medida entre la gente de provincia y, muy especialmente, entre la más reservada y conservadora de Jalisco, que frecuentemente mira con recelo la llegada de los investigadores de la capital.

Hasta ahora se han realizado en Jalisco 13 entrevistas, logrando un total aproximado de 46 horas de grabación. Los temas más trabajados han sido la historia del cine y de la educación. En el futuro, se proyecta incrementar el estudio de la historia de la revolución.

Como consecuencia de mi trabajo, he de decir que con él he aprendido a valorar y a respetar más a los ancianos, a darme mayor cuenta del caudal enorme de enseñanzas que podemos recibir de ellos. También he cobrado mayor conciencia del gran papel que pueden desempeñar en nuestra sociedad —la cual, desgraciadamente, raras veces los valora en forma justa— como un recuerdo que sustente al presente y lo dote de sentido. La Historia Oral, como vehículo que rescata información, puede lograr, aunque no sea estrictamente su intención, dignificar al hombre o a la mujer de edad avanzada, dándole un papel útil en la sociedad y haciéndole cobrar conciencia de su valor cabal en este mundo nuestro tan injusto con ellos.